

1 Cor. 2:6-13

Sermón 1 Cor 2:6-13 Epif 6 2014 Dt 30:15-20; Mt 5:20-37

Sin embargo, hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez en la fe; no la sabiduría de este mundo ni de los poderosos de este mundo, que perecen. Pero hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta que Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria, la cual ninguno de los poderosos de este mundo conoció, porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria. Antes bien, como está escrito: «Cosas que ojo no vio ni oído oyó ni han subido al corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que lo aman». Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu, porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios, porque ¿quién de entre los hombres conoce las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Del mismo modo, nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido. De estas cosas hablamos, no con palabras enseñadas por la sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual. (1 Corintios 2.6–13).

Hay una idea que se ha extendido mucho en nuestro tiempo que en lo espiritual es imposible saber la verdad. De hecho, se nos dice, hay tantas verdades como hay personas, y nadie puede afirmar que posea la verdad, más bien, todas las opiniones son igualmente válidas. Inclusive el mensaje que ha proclamado la iglesia cristiana por dos milenios es denominado una locura. Se presenta como algo muy inverosímil que la muerte de alguien hace 2000 años sea la fuente de salvación para los seres humanos.

Pero estas ideas no son nuevas. Pablo ya nos dijo en 1 Corintios 1:18: “La palabra de la cruz es locura a los que se pierden”. Nos dice en el versículo 22: “Los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría”. Nos dice que el mensaje de Cristo crucificado, que proclama Pablo y que seguimos proclamando nosotros, “para los judíos ciertamente [es] tropezadero, y para los gentiles locura”.

Pero ese mismo mensaje, que el mundo llama locura, declara Pablo que “para los llamados, tanto judíos como griegos, Cristo

es poder y sabiduría de Dios, porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres”.

Esta sabiduría de Dios, que los hombres llaman locura, es de lo que Pablo habla en nuestro texto. “Sin embargo, hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez en la fe”. Esta sabiduría es, precisamente, el mensaje que los hombres rechazan como necedad, el mensaje de Cristo crucificado. Así en los primeros versículos del capítulo 2 de 1 Corintios, Pablo ha dicho: “Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría, pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fueron con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios” (1 Corintios 2.1–5).

Así cuando Pablo ahora dice que predica sabiduría, después de decir que no fue a los corintios con palabras persuasivas de humana sabiduría, está hablando precisamente de lo que el mundo considera locura, y sin embargo es el poder de Dios y la sabiduría de Dios, el mensaje de Cristo crucificado.

Así dice que no es “la sabiduría de este mundo ni de los poderosos de este mundo, que perecen”. Esa sabiduría los hombres pueden alcanzar con su propio entendimiento, con sus propios esfuerzos. ¡Cuántos sistemas de supuesta sabiduría han desarrollado los filósofos de este mundo! ¡Cuántas ideas de lo que dará éxito en la vida o en los negocios han inventado los gurús de la gerencia! ¡Cuántas versiones han desarrollado los hombres de lo que supuestamente debe ser el camino a Dios o por especulación mística desarrollada desde dentro de la persona o con sistemas rigurosos de comportamiento que deben ganar para la persona que los ponen en práctica la seguridad de la salvación! Pero finalmente, nada de esto servirá para obtener la salvación. El veredicto divino, repetido por Pablo, acerca de toda esta sabiduría del mundo y de los poderosos es “que perecen”. Finalmente, la más grande sabiduría del mundo resulta necedad cuando se compara con la sabiduría divina que Pablo proclama por revelación de Dios.

Pablo dice que “hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta que Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria”. Esta sabiduría es “oculta”. Es algo que ningún ser humano por sus propios esfuerzos o por su propio intelecto puede descubrir. Se llama “misterio”, que en la Biblia se refiere a un conocimiento que siempre quedaría oculto si Dios mismo no lo revelara. Dice que es un conocimiento que “Dios predestinó antes de los siglos”. No fue algo improvisado, ni algo que por casualidad tuvo un resultado positivo no previsto que se puede reconocer en retrospectiva. Desde la eternidad Dios había hecho el plan para revelar precisamente este misterio de que toda bienaventuranza se encuentra, paradójicamente, en Cristo que muere ignominiosamente como un criminal condenado en una cruz. Y es un conocimiento “para nuestra gloria”. Los que por obra del Espíritu Santo hemos experimentado el poder de esta predicación de la cruz, que hemos sido impactados por ese mensaje para encontrar todo nuestro consuelo en él, que hemos reconocido que todo nuestro pecado fue puesto sobre Cristo de modo que somos justificados delante de Dios por medio de su muerte y resurrección, recibiremos también gloria. La gloria de Dios y de Cristo es que por medio de la muerte de Cristo no sólo él alcanza la gloria cuando el Padre lo levanta de los muertos, sino hace que todos nosotros que creamos en él como nuestro Salvador del pecado por medio de esa muerte también seremos glorificados en él.

Todo esto es lo que ha parecido una locura al mundo, pero para los creyentes es poder y sabiduría de Dios. Pablo presenta una prueba definitiva de que esta verdadera sabiduría está escondida del mundo. Se ve en la actitud que los gobernantes tanto de los judíos y los romanos tomaron hacia Jesús cuando estaba en el mundo cumpliendo su misión como el Mesías de los judíos y el Salvador del mundo. Hablando de la sabiduría que él enseña, dice: “la cual ninguno de los poderosos de este mundo conoció, porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria”. Si hubieran reconocido quién era Cristo y qué había venido para hacer, lejos de oponerse a él y considerarlo una amenaza que tenía que ser eliminado, lo habrían abrazado y creído en él, obteniendo salvación en él. Pero porque lo consideraban una amenaza y un fraude y un impostor, lo crucificaron, jamás soñando que era en verdad Dios mismo venido para salvar a su pueblo, “el Señor de gloria”.

¿De dónde viene esta sabiduría que el mundo rechaza, pero cuyo poder los creyentes han experimentado y que consideran el poder y la sabiduría de Dios? Pablo dice: “Antes bien, como está escrito: «Cosas que ojo no vio ni oído oyó ni han subido al corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que lo aman». Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu, porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios”.

Puesto que son cosas a que los seres humanos no tienen acceso por sí mismos, “cosas que ojo no vio ni oído oyó ni han subido al corazón del hombre”, tiene que haber otra fuente para esta sabiduría que no sea humana. Y es lo que ocurrió. “Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu”. El Espíritu, que es Dios eterno junto con el Padre, penetra a los secretos más profundos e íntimos de Dios. Conoce todo el plan maravilloso para la salvación del hombre pecador que Dios formó en la eternidad, aun antes de fundar el mundo.

Para ayudarnos a entender la necesidad de esta revelación, Pablo hace una comparación. Dice: “¿Quién de entre los hombres conoce las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Del mismo modo, nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios”. Ninguno de nosotros tiene acceso a la vida interior de otra persona. Sólo hasta donde él escoge revelar sus pensamientos y sentimientos podemos tener acceso a la vida interna de otra persona. A esto Pablo lo llama “el espíritu del hombre que está en él”. Lo compara con la situación con esta sabiduría de Dios que se proclama en la iglesia.

Si el Espíritu Santo no habría revelado de antemano lo que el Siervo de Jehová haría por su pueblo y el mundo, no habría sido posible reconocer que Jesús era el Mesías prometido. Si el Espíritu no haya obrado por medio de la ley para convencer al mundo del pecado, nadie vería ninguna necesidad de un Salvador. Si el Espíritu Santo no habría inspirado a los santos hombres de Dios para escribir todo lo que Dios hizo por medio de Jesús para salvarnos, habríamos quedado en la oscuridad para siempre.

Porque el Espíritu Santo ha obrado en nuestros corazones por medio de la palabra, estamos seguros de que tenemos la verdad y la vida eterna. Sabemos lo que Dios nos ha concedido. Oremos para que en nuestra iglesia siempre sigamos proclamando la verdad de Cristo crucificado, nuestro único Salvador, sin

importar lo que piensa el mundo que parece de nuestro mensaje.
Amén.